

resucitado. Los condenan á los tormentos y á la muerte únicamente á causa de esta impostura : su conciencia, lejos de poder consolarlos , debe devorarlos con remordimientos. Sufren dolores atroces ; se pueden liberrar con sola una palabra , y prefieren espirar en las agonías mas dolorosas , por no pronunciar esta palabra que daría gloria á la verdad , y les daría una vida tranquila y sosegada. ¿ Quién puede imaginar una hipótesis tan monstruosa y que tanto repugna á la naturaleza y á la razon ?

Pero , no es esto solo ; porque miéntras los hombres atormentan su cuerpo , la idea de Dios debe aterrar su espíritu. Con todo vemos que en medio de los tormentos que padecen , estan dando gracias al mismo Dios que irritan ; á ese Dios de quien no pueden esperar mas que los castigos con que amenaza á los impostores y perjuros. Pero ellos imploran su socorro , tienen sin cesar en sus labios el nombre de Jesucristo , le invocan como testigo de sus penas , le ofrecen su martirio , y confían en que corone sus trabajos. ¡ Y todo esto no sería mas que una apariencia de virtud , una máscara para cubrir su hipocresía , un velo con que ocultar su loca obstinacion , mayor que todo el rigor de los suplicios !

Si para ser incrédulo es menester devorar absurdos tan enormes , me parece muy vergonzoso serlo. Por lo menos yo lo estoy de consumir el tiempo en excusar de mentira y fraude á hombres cuya virtud no solo asombró , sino que convirtió al universo. Porque desde que el Espiritu Santo los llenó de sus

dones , no les quedó de humano mas que lo que era necesario para el ejercicio de su zelo. Se espusieron á todos los ultrajes , no los detuvieron los peligros , y superaron todos los obstáculos para retirar á los hombres del abismo de los errores y vicios en que se veían sumergidos. Su humildad no tuvo término , su dulzura fue inalterable , su paciencia invencible , y su valor intrépido. Lejos de que en nada disimulasen , pronunciaron las maldiciones mas terribles contra los corazones falsos , les cerraron para siempre las puertas de la Jerusalem celeste , y los amenazaron con el fuego eterno.

Ya hemos visto , señor , que Jesucristo resucitado pasó cuarenta dias en consolar á sus discípulos , en instruirlos , en confirmar su fe , y echar los cimientos de su Iglesia. Ya hemos visto que , habiendo llegado el momento de dejar la tierra , los conduce al monte de los olivos , les anuncia otras nuevas y sublimes verdades , les añade promesas del mayor consuelo , levanta las manos , los bendice , y se eleva á los cielos ; una nube le cubre , y unos ángeles hallan con todos ellos. Todo esto pasó á la vista de todos ; todos lo ven , todos lo oyen , todos lo testifican.

Pues , ¿ cómo es posible oscurecer ni dudar de la verdad de este prodigio ? Porque el monte estaba á la vista de todos , los testigos son muchos , todos conocen á Jesus , todos reciben las mismas lecciones , todos oyen los mismos discursos , todos escuchan las mismas predicciones , todos ven la misma maravilla y sienten la misma sensacion , todos se regocijan de



la gloria de su maestro, y de la esperanza de tener parte en ella; todos dan gracias, y van á juntarse para esperar en el retiro y la oracion el cumplimiento de las promesas. Esta reunion de circunstancias y testimonios escluye toda posibilidad de impostura y de ilusion. Así es como los hechos de la resurreccion y de la ascension de Jesucristo se sostienen recíprocamente; pero la venida del Espíritu Santo que les siguió tan de cerca les añade otro nuevo grado de evidencia.

Jesucristo acababa de decir á sus discípulos que se separaba de ellos para subir al cielo; pero que les enviaria el Espíritu Santo; que este los llenaria de una virtud divina, y los transformaria en otros hombres; que les enseñaria toda verdad; que ellos convencerian al mundo de haber cometido un enorme delito, crucificando al que vino para ser su redentor; que el príncipe de las tinieblas por este delito, de que fue principal autor, seria despojado del imperio tiránico que habia usurpado sobre el género humano; y que el Hijo de Dios desde el seno de su padre seria mas poderoso para conducirnos á la verdad y á la justicia.

¿Con qué fidelidad, señor, con qué magnificencia justificaron los sucesos la verdad de estos oráculos grandiosos! Los discípulos de Jesucristo, que eran la Iglesia cristiana que entonces empezaba, estaban juntos en una casa, y hacian oracion; un impetuoso viento se siente repentinamente, y la conmueve; aparecen visiblemente lenguas de fuego que se reposan

sobre las cabezas de los discípulos. Ve aquí las señales públicas y exteriores de la venida del Espíritu divino, del Espíritu consolador que les enseñaria toda verdad, y que les habia prometido Jesucristo; ve aquí el momento de su efusion interior en aquellos corazones, y el símbolo de su fuerza invencible.

¿Y cuáles fueron sus efectos? Al instante los discípulos no pueden contener el ardor de que se sienten penetrados. Salen de su retiro, se derraman por las calles de Jerusalem, y en presencia de sus habitadores y de la multitud de Judíos extranjeros que habian venido á celebrar en el templo la solemnidad del dia, increpan á los grandes, y echan en cara á los sabios de la nacion haber crucificado á Jesus, que era el Mesías por quien tanto habian suspirado sus padres. Publican altamente su resurreccion, afirman consentes haberle visto y hablado, espican con fuerza y claridad cuanto habian predicho los profetas de su muerte y de sus ignominias, de sus virtudes y de su gloria, y del imperio eterno que debia ser el fruto de su sacrificio. Los pueblos estraños de tantos y tan diferentes lugares de la tierra los entienden; á pesar de la diversidad de lenguas, cada uno entiende en la suya lo que dicen estos hombres sencillos, y se llenan de asombro.

¿Y quién ha enseñado tan de repente á los apóstoles tantas lenguas diferentes? ¿qué perspicacia les hace discernir en medio de tantos idiomas tan súbitamente infusos el que conviene á cada uno, sin mezclarle ni confundirle con los otros? ¿cómo hom-



hres criados en la bajeza y la ignorancia han podido elevarse de golpe á tan alto grado de ilustracion é inteligencia? ¿quién les ha dado el poder de transformar una muchedumbre tan indócil y endurecida en un pueblo nuevo que se penetra de amor, y se somete á la penitencia?

El hecho es que su primer discurso convierte tres mil, y el segundo cinco mil. Y no se diga que los apóstoles debieron tan prodigiosos progresos á espíritus dispuestos en su favor, ó que estas conversiones fueron tan superficiales como rápidas; porque los hombres que convirtieron, y que obligaron á adorar á Jesucristo, fueron los mismos que le crucificaron: los que poco antes no creyeron en Jesus, porque no veían en las Escrituras mas que recompensas temporales, son los que ahora le reconocen por su Mesías y su Dios; los que no ha mucho no sentían otro interés que el de los bienes visibles y presentes, son los que ya van á venderlos para poner su precio á los pies de los apóstoles; en fin esos Judíos tan carnales y groseros se transforman en ciudadanos del cielo por sus deseos, que no aspiran mas que al logro de los bienes eternos; ya forman un pueblo de cristianos, que no cuidan mas que de amar á Jesucristo, y de imitarle.

¿Quién puede dejar de reconocer en revolucion tan grande y súbita la presencia del Espíritu Santo y de su operación omnipotente? ¿qué mano, sino la suya, podía en un momento producir virtudes tan sublimes, aniquilar el amor propio, transformarle

en una caridad pura, ardiente y generosa; reformar los corazones corrompidos, y fundirlos de tal manera en el fuego del amor divino, que no formen mas que un solo corazón y una sola alma? Esto no se puede dudar; y si es cierto que segun la promesa de Jesucristo el divino Espíritu ha descendido, no puede dejar de ser cierto que Jesucristo es el Mesías, que ha resucitado, y que ahora, lleno de vida, está sentado á la derecha de su Padre, ejerciendo el mismo poder, pues que sin todo esto no hubiera enviado el Espíritu consolador, autor único de tantas maravillas.

Yo temo, señor, que mis largos discursos molesten vuestra atención; temo que mis repeticiones la fastidien, y con todo no siempre me atrevo á suprimirlas; porque si algunas no parecen necesarias, á lo menos podrán ser útiles. Pero no digo todo lo que pudiera, y por no ser difuso omito grandes verdades que pudieran ser excelentes pruebas. Ayer hablamos del viejo Testamento, hoy del nuevo; ayer empezamos por la creación y llegamos hasta Jesucristo, hoy hemos visto á Jesucristo cuando vivía, y le hemos seguido hasta dejarle en el cielo. No es esto todo, aun me queda que deciros mucho. Si me dais licencia, mañana podemos continuar.

El padre se fue, y yo quedé sin poder alentar ni tener fuerza para responder una palabra. Cada vez que se iba este padre me dejaba con un peso que me oprimía el corazón; pero esta vez me parecía que me había echado un monte acuestas, y que no me



dejaba respirar. Yo hacia reflexiones por todos lados; procuraba fijar mis ideas; le escuchaba con toda la desconfianza que naturalmente me inspiraba un hombre á quien su educacion y su estado debian dictar aquellas opiniones; pero no veia como desenredarme de su fuerza, ni como cerrar los ojos á su claridad.

Sobre todo me hacia temblar cuando lo miraba probando la divinidad de Jesucristo con razones que me parecian convincentes, y que sin réplica me llenaban de un temor espantoso; y decia de mí mismo: Si Jesucristo es Dios, ¿qué suerte tan desastrada será la mia? ¿qué será de Teodoro y de todos los otros amigos? ¡ay del infeliz Manuel! Estas ideas me consternaban, me destrozaban el alma, y me despedazaban el corazon. En la carta que sigue te contaré lo que me pasó al otro dia. A Dios, amigo.

## CARTA XIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO:

TEODORO mio: Apenas llegó el padre al otro dia, cuando me preguntó si habia hecho nuevo resumen de la conferencia precedente, y yo le leí el que habia formado, que decia así:

El padre me ha dicho en su discurso de ayer que las humillaciones y la muerte de Jesucristo eran la prueba mas clara de que era el Mesías tan prometido y tan esperado, porque estas circunstancias estaban positivamente profetizadas.

Despues de haberlo probado con las profecias de Isaías, de Daniel, de David y de otros, ha añadido que todo el Testamento antiguo, y todas las ceremonias, ritos y sacrificios de la ley de Moises no eran otra cosa que un cuadro en que estaban dibujados de antemano los misterios del Mesías;

Que en los libros del antiguo Testamento se predicen la obstinacion de los Judíos y la conversion de los Gentiles, y que esta sustitucion tan cierta despues, como entonces inverosímil é imposible de prever, es otra prueba de que el Espiritu divino los ha dictado;

Que la verdad de cuanto contienen los libros del Testamento nuevo, sin considerar la divinidad de su origen, y siguiendo solo las reglas de la fe humana, no puede revocarse en duda;